

SOBRE EL DEMONIO MERIDIANO Y EL PECADO DEL ABURRIMIENTO

El Ciervo, 1986, 417, 13-14.

Los monjes pedían a Dios que les librara de la saeta que vuela en la noche y de las incursiones del demonio meridiano. Pero ¿Quién es este demonio? ¿No será el aburrimiento que nos tienta en la madurez?

Los monjes de la fabulosa abadía donde transcurre la acción de *El nombre de la rosa*, como todos los monjes cristianos a lo largo de los siglos, se reúnen siete veces al día para entonar el oficio divino que distribuye los 150 salmos bíblicos en los siete días de cada semana. O sea que una vez cada semana y precisamente los miércoles después de la puesta del sol recitan el salmo XC en el que piden al Señor que les guarde

a sagita volante in nocte

ab incursione daemonio meridiano

(de la saeta que vuela en la noche y de las incursiones del demonio meridiano). Pero ¿quién es este demonio de cuyas acechanzas con tanta insistencia se reclama protección?

Umberto Eco, que lo cita varias veces en su novela tan sorprendentemente convertida en best seller, cree saberlo. El demonio meridiano es un demonio lascivo y sus tentaciones son las de la lujuria. “¿Acaso puedo dejar de ver que mi propia vejez aún conoce la agitación del demonio meridiano cuando en ocasiones estando en el coro mis ojos se detienen a contemplar el rostro imberbe de un novicio, puro y fresco como una muchacha?”. Pero Umberto Eco, que tanto sabe de los conflictos ideológicos que agitaban la sociedad del siglo XIV, en esto se equivoca. El demonio meridiano no es primariamente un demonio lascivo.

Es cierto en cambio que es un viejo amigo de los monjes hasta el punto de que su historia se confunde con la de los orígenes del monacato cristiano cuando en el siglo IV y V de nuestra era en la Tebaida y en otros desiertos del Próximo Oriente se constituyen las primeras comunidades de anacoretas. Estos hombres que inician tantas cosas, desde unas reglamentaciones de la vida en común que todavía funcionan hasta las primeras formulaciones de la mística cristiana, hacen también curiosas experiencias y así descubren que a la hora del mediodía, cuando el sol aprieta con más fuerza, al monje le resulta difícil seguir rezando. Se trata naturalmente de una añagaza demoníaca y porque ocurre precisamente cuando el sol está más alto en el horizonte a su instigador le dan el nombre de demonio meridiano. El monje que sufre su acometida ya no siente la alegría que debería sentir al cantar las alabanzas divinas sino que se apodera de él un langor y un sopor y anda triste y malhumorado. No puede extrañarnos que en esta situación sea presa fácil para cualquier tentación como le ocurría a San Antonio eremita, pero lo que hace posible la tentación es la falta de alegría, el desfallecimiento de la voluntad. Didimo el Ciego y Máximo el Confesor en sus escritos que hoy nadie lee,

pero que en su tiempo establecieron las bases de la teología mística de la Iglesia de Oriente, describen con detalle esta triste experiencia del anacoreta y la identifican con una palabra griega, poco usada hasta entonces, "acedia", literalmente "falta de empuje". Y tanta aceptación encuentra la descripción que Gregorio de Nyssa, otro de los pilares de la Iglesia Oriental, inscribe la acedia en la lista de los siete pecados capitales, aunque para él ya no es la desgana a la hora de cantar el oficio, sino en general la desgana para hacer el bien.

La palabra y su significado pasa de Oriente a Occidente de la mano de las *Instituciones monásticas* de Casiodoro y cinco siglos después, en el apogeo de la Edad Media, llega a la teología escolástica y a las disputas universitarias. El mismo Tomás de Aquino le dedica una "questio" entera en la *Suma Teológica*. Para él la acedia es una forma de tristeza, la tristeza que se siente obrando el bien, y después de distinguirla de otras formas de tristeza se esfuerza por explicar cómo una forma de tristeza y por tanto algo que depende de un estado corporal puede ser un pecado. Téngase en cuenta que por mucho que pueda extrañarnos para el autor de la *Suma* los sentimientos son afectaciones del cuerpo. Pero para los moralistas posteriores la acedia se define cada vez más por sus consecuencias y así acaba identificándose con la pereza.

Por el tiempo en que Tomás de Aquino redactaba la *Suma Teológica* la palabra cuya historia estoy resiguiendo empezaba a pasar a las lenguas vulgares. Probablemente la presencia más antigua la detectamos en catalán y precisamente, como es fácil de suponer, en Ramón Llull, aunque por razones que no acierto a imaginar define la acedia como la tristeza que se siente por el bien de los demás: "Accidia és l'hàbit pel qual l'home es plany dels bens d'altres i s'alegra dels mals d'aquell. *Art breu*. p. IX, cap. XI".

Para Dante que tiene una sólida formación teológica, la acedia es una debilidad en el amor universal al bien y es por ello el pecado propio de los indolentes con los que el poeta se encuentra en el cuarto círculo del Purgatorio. "Clavant a la desidia mossegada", dice Sagarra en su versión catalana traduciendo accedia por desidia. "Uno de los ramos que nacen de la locuacidad y mucho hablar es la acedia o pereza" sentencia Fray Luis de Granada. Convertida en sinónimo de pereza la palabra que nunca ha llegado al lenguaje popular empieza a caer en desuso. Su parecido con "acidia", cualidad de avinagrado, que se utiliza para calificar cosas pero también maneras de ser humanas ayuda a su desaparición: Acedia: Voz anticuada, significa pereza, dice lacónicamente el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner.

Así la asimilación con la tristeza o la identificación con la pereza resultaron a la larga fatales para la acedia, lo que es una lástima, porque la experiencia de que partió el uso de la palabra era una experiencia muy real y nos parece que hoy sabríamos muy bien cómo nombrarla: lo que ocurre al monje que no siente alegría al cantar el oficio divino, o al ejercitarse en la obra de Dios, lo que siente el monje sometido al maléfico influjo del demonio meridiano es que se aburre. ¿Por qué entonces la palabra acedia no se hizo sinónima de aburrimiento?

Adviértase que no se trata de una cuestión de palabras, sino de significa-

dos de las palabras. Aburrir ya existía en los comienzos de la lengua castellana pero no significaba lo que significa hoy sino aborrecer. Y tampoco existía ninguna otra palabra que se correspondiese con lo que hoy entendemos por aburrirse y acedia que podía haber tomado —o mantenido— este significado no lo hizo. ¿Será por que los hombres de la Edad Media —excepto algunos habitantes de los claustros— no sabían qué era aburrirse? En todo caso es sintomático que la palabra aburrirse en su sentido actual sólo empieza a utilizarse bien avanzada la Edad Moderna. Pero cuando esto acontece hace tiempo que se ha olvidado la palabra acedia y a nadie se le ocurre poner en relación lo que llegó a llamarse el “mal del siglo” con la lejana experiencia eremítica.

Aunque si las dos experiencias tienen como pienso un fondo común, la perspectiva desde la que se contemplan es claramente distinta. Para el monje el aburrimiento es la incapacidad para mantenerse, a solas consigo mismo, en el centro de la existencia, y conduce a la diversión en el sentido de la dispersión, del perderse en la multiplicidad. En cambio para la mentalidad moderna al menos en sus formas más inmediatas el aburrimiento es por el contrario el resultado de la falta de diversión. Aunque un mínimo de reflexión pronto descubre que el aburrimiento más auténtico proviene no de la ausencia de diversiones sino de su agotamiento, de lo que se indica con la expresión “estar de vuelta de todo”. Entendido así el aburrimiento sería la primera etapa del regreso. Recordemos que el Sartre de la primera época hacía de *l'ennui* la experiencia radical de la existencia. Y más cerca de nosotros aquel hombre contradictorio e incómodo que se llamaba José Bergamín identificaba formalmente la diversión con el infierno y el aburrimiento con el paraíso. “El aburrimiento de la ostra —decía lapidariamente Bergamín— produce perlas”. Pero dejemos aquí este tema que nos llevaría muy lejos; cualquier día, ahora que la travesía del desierto neopositivista parece que está acabando, los filósofos volverán a ocuparse de temas interesantes y quizás vuelvan a hablarnos del aburrimiento.

Comparada con la de la acedia la historia del demonio meridiano, que la inculcaba en el corazón de los monjes, es mucho más breve. A pesar de que su nombre aparece en la Biblia o más exactamente en la traducción latina de San Jerónimo que durante tanto tiempo ha dominado el panorama en el ámbito de la Iglesia católica, los teólogos serios no se han ocupado de él; en realidad los teólogos serios se han ocupado muy poco de los demonios, sea cual sea su nombre, y en cuanto a los especialistas en demonología, de exorcistas a inquisidores y de alquimistas a nigromantes en sus prolijas relaciones de advocaciones diabólicas nunca han incluido a alguien con una denominación tan poco exótica.

De modo que el demonio meridiano pronto habría sido olvidado si no hubiese sido por su mención ritual y hebdomadaria en el oficio eclesiástico. Mención que repetida a lo largo de los siglos si no ha alimentado cavilaciones de teólogos sí que ha proporcionado materia para alusiones y metáforas literarias. Una de las cuales, identificando el mediodía con la dirección en que se encuentra el sol al mediodía, o sea el sur, ha servido para calificar a Felipe II de “demon du midi” remoquete con el que fue conocido y apostro-

fado en muchos lugares y que sirvió de título para una célebre biografía de este monarca. Pero la metáfora más divulgada consiste en asimilar el mediodía con la plenitud de la vida humana y la tentación del demonio meridiano con las que siente el hombre que llega a este punto central de su existencia que Aristóteles situaba en los cuarenta años. Es una metáfora frecuente en la novelística francesa y especialmente en los novelistas católicos tipo Mauriac, pero creo que su versión más conseguida la dio Claudel en una miniatura lírica sobre el Via Crucis. Las tres caídas de Cristo en la subida al Calvario representan tres tropiezos arquetípicos en el caminar del hombre sobre la tierra, la tentación de la juventud, la primera caída, es la desmesura, la tentación de la vejez, la tercera caída, es la desesperación, pero la tentación de la madurez es el aburrimiento. Como el monje recitando salmos en el coro el hombre que a los cuarenta años está perfectamente instalado en su vida descubre de pronto que ya no le produce alegría lo que está haciendo y que le horroriza la perspectiva de seguir haciéndolo indefinidamente. Como para el monje la tentación puede tomar figura de mujer o de efebo, pero su raíz se llama aburrimiento.

Es cierto que Claudel en su breve poema en prosa no cita por su nombre al demonio meridiano, pero en un hombre nutrido de Biblia como era la alusión es transparente. Fue quizás la última aparición literaria de nuestro personaje hasta la fugaz alusión de Umberto Eco que ha suscitado este comentario. La verdad es que nadie se acuerda de él e incluso su mención ha desaparecido del oficio que rezan los eclesiásticos. Fue San Jerónimo quien al traducir la Biblia al latín allá en el siglo V introdujo la expresión "demonio meridiano" tomándolo del ambiente monástico que le rodeaba y al que antes me he referido, pero el original hebreo de los Salmos habla simplemente de los peligros de la noche y así lo dicen las traducciones actuales. Pronto nadie le nombrará y si nadie le nombra ¿qué se habrá hecho de su existencia?

En un momento culminante de la narración de Umberto Eco su sagaz protagonista, el franciscano Guillermo de Baskerville, llega a la conclusión de que lo único que podemos conocer de la realidad es el nombre de las cosas, no la rosa, sino "el nombre de la rosa". Si el escéptico franciscano tiene razón es evidente que olvidado su nombre el demonio meridiano habrá dejado de existir. Pero el langor y el sopor y el desmayo de la voluntad que él nos ayudó a descubrir seguirán acompañándonos.